

**MUJER EN PEPITORIA
CON HUEVO DURO**

DOLORS ALBEROLA

*MUJER EN PEPITORIA
CON HUEVO DURO*

Prólogo de Javier Ruibal



1ª edición, 2016

Diseño de la cubierta: Francisco M. Mesa García

Ilustraciones: Enfero Carulo

Editorial DALYA

Jilguero 14

11100 San Fernando

www.edalya.com

© del texto, Dolores Alberola

© Desarrollo de Ámbitos de Lectura y Aprendizaje S.L.

Reservados todos los derechos sobre este libro. No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, multimedia o digital, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: 978-84-945600-6-4

DL CA 460-2016

Impreso y encuadernado por CIMAPRESS

Printed in Spain / Impreso en España

A mi gran amiga y polifacética artista Enfero Carulo

LA MUJER MANJAR

por **Javier Ruibal**

Las estrellas, dice la astrofísica, mantienen su equilibrio en el espacio merced a unas fuerzas gravitacionales que les proporcionan equidistancia y estabilidad muy precisas, impidiendo así las consecuencias dramáticas de una peligrosa deriva que las haría chocar irremediablemente y provocar, con ello, un desastre de dimensiones cósmicas, quién sabe si un nuevo Big Bang, un Apocalipsis absoluto, o, qué sé yo, una catástrofe universal.

Nuestro planeta, entre otras anomalías, alberga vida; cosa infrecuente, por lo que se ve, en este maremagnum de galaxias y agujeros negros y, en el zenit de su anormalidad, sufre la desaforada superpoblación de una especie dominante que no sabe ya qué más puede hacer para sacarlo de su órbita.

Tiene la especie dominante, por obsesiva costumbre, no aprender de sus errores y continúa enzarzada en ancestrales batallas territoriales. Pasan los milenios y sigue arrojando piedras desde la caverna, emitiendo gruñidos amenazadores, malgastando, en fin, su incipiente inteligencia.

Son estos poemas todo un tratado de pautas amorosas, en forma de recetas culinarias, cuyo principal objetivo es reeducar la glotonería masculina y enseñar al hombre a degustar y paladear los sabores exquisitos con que la mujer se adereza para entregarse. Presentada en lujosos y festivos manteles, la dama tiende la mesa como prepara la cama, habiendo antes cocinado, con infinita paciencia y esmero, sus aromáticos platos, de la misma manera en que perfuma las sábanas de pétalos y aromas.

Y es ella misma el plato y el manjar, la vianda y la salsa, el vino y los postres. En una escenificación primorosa del acto de amar, Dolors nos pinta el festín y el deslumbrante banquete pero también da buena cuenta de las cuitas y complejos que pueden convertir en un infierno la vida de la laboriosa cocinera.

Las cavilaciones sobre el punto de la carne, tersa y no muy hecha, jugosa pero no cruda, tierna para los dientes pero no insípida para el paladar, la potencia en la lengua, especiada pero sin emboscar sus sabores... así, sola y concentrada, estudia su cuerpo y recela de su figura, ya sabe que no hay casi nada en su sitio. El pecho que fue turgente ya no muestra la rotundidad que tuviera. El vientre, las caderas... los párpados, las arrugas primeras... y no se siente segura de que sucumbirán sus dudas ante la acostumbrada y reiterada voracidad del varón.

Pero va a sus cazuelas con la entrega responsable de quién sabe que el futuro de sus amores sólo se sostendrá si es ella quien lo pone absolutamente todo.

Entretanto repiensa sobre todo aquello que hay más allá de los visillos, esa frontera de niebla que sólo en ocasiones nos aísla del exterior, a salvo de las miradas indiscretas o las tardes borrascosas. No arreglaremos el mundo poniendo amor en cada rincón de la casa, de la cocina al altillo, del tendedero a la cama, pero la mujer manjar sabe que recibió del universo un papel crucial y lo asume responsablemente, dedicando sus manos a amasar el pan del futuro regado con las lágrimas del pasado. Pelando de brozas y ásperos tallos los nutrientes vegetales, picando en dados regulares bulbos y tubérculos, cumple con la inapelable rutina que nos salvará para dar fe de que nada podrá detenernos si nuestra decisión no flaquea y termina rindiéndose. Ella afirma al planeta en su órbita, ordena traslaciones al ritmo de su cuchara, mientras reduce vino y carameliza cebollas, encurte pescado y hornea el hojaldre; el mundo puede seguir tranquilo, la mujer manjar cuida que, en el día de hoy, todo esté en su punto.

*Ella está sumergida en su ventana contemplando
las brasas del anochecer, posible todavía.*

Olga Orozco

*Prefiero lo ridículo de escribir poemas
a lo ridículo de no escribirlos.*

Wisława Szymborska

*Y tú vas cruzando la hora de los peces,
los siglos altivos del cerdo:
dedo, testuz, pata
surgen de la sombra.*

Sylvia Plath

Apunte sobre la formulación de la receta

Tendrá dificultad en su cocción
–me dijo la sibila– y abrasarán las letras.
Temblarán los oídos al mirar
la oxidación candente de la llama.

Como en la antigua alquimia, cambiaremos
los símbolos, la escoria
será vago enunciado. No sea incontinente
la exposición carnal. Sólo es un pollo
–no se obre más allá de la entretela
ahora que ya es tarde y nuestra historia
ha quemado este guiso previamente–.
Poco a poco lo iremos sazonando,
salpimentando al gusto
de la más temeraria garganta que lo tome.

PRIMER INGREDIENTE:
1 KG DE POLLO

Abierto y desplumado

En la fotografía, ella.
Tumbada de costado. Ya no tiene el perfil
ni la silueta tiene de la mujer que observa
desde el cuadro que pende en la pared.
Esta se ha desvestido por completo
y, los brazos erguidos,
muestra dos cordilleras diminutas,
tres pelambres pequeñas y arbustadas,
pechos a medio hacer, pero turgentes,
un vientre atempestado,
pidiendo claridad en sus fronteras
y dos muslos robustos para enfrentar la vida.
Ella, en cambio, mantiene
la forma en que las aves se apretujan de pronto
por miedo a tanta brasa.
Su corazón, comprueba, sigue firme,
es una balsa sólida frente a la tempestad.
Un kilo solamente,
quizás algunos gramos más o menos.
Se mira de perfil, se palpa el torso,
se somete a la luz más temeraria.
Para qué –se pregunta– o para cuántos
y a dónde irá a parar su gran procura.
Un kilo solamente. La soledad, a veces,
la inmensa soledad y la tristeza.

Y sigue contemplando ese retrato
donde ella misma mira la misma lasitud,
tal vez el mismo kilo.
La delgadez de entonces, tan preclara,
la cruel caducidad, la forma al peso,
el servirse en bandeja. Y... hasta cuándo.

Como un ave perfecta de corral

El paladar sabroso de lo antiguo,
la cocción exquisita de esa olla
de barro tan pulida,
la receta antiquísima y el ave de corral.
Vaga desnuda, sabe
de una voz que le dicta cómo hacerlo,
de un cocinero fuerte
que, desnudo también, palpa la sombra
y conoce la luz y tiene hambre,
pero ella grita: No. Dice que no, de pronto.
Adultera ese no
y esgrime su lujuria contra el viento.
Acompaña ese no con un toque de fruta,
terrible al paladar, firme a la lengua,
redonda ante la mano.
Varía la sección y el ingrediente.
Ladea su cabeza, dice no
y es ave de corral, ave purísima
que no conoce aún la sociedad futura
ni el sueño tan transgénico del hombre.

Carne tierna

Olvidada en el templo, tierna aún
acariciada ya por la serpiente,
con la clarividencia al filo de su lengua
y el hombre ensordecido ante su espanto.
Casandra sabe bien
que dentro del juguete está la angustia,
que la vida va en serio, como luego se dijo,
que atentan contra ella y no la escucha nadie,
que los celos un día la matarán. No es dueña
de lucir sobre el podio todo su poderío
y ahora se la ve, ante la mesa,
dispuesta a digerir lo que le sirvan
–pero sabe muy bien de la tragedia
que apunta hacia su vida y de su gracia–.